

# Árboles, salamandras y pájaros

BERTA PIÑÁN

Si un poema pudiera justificar un libro, *Flores que esperan el frío* estaría sobradamente justificado con el poema que le da título. Más aún: cuando leemos el resto, tenemos la sensación de que todos los demás versos están —de alguna forma subterránea— ligados a él. Es como si la autora hubiera construido un mundo de palabras en el que ese poema pudiera habitar y a ese mundo le hubieran salido ramas, raíces y frutos. Ahí está todo: el mar de fondo, la luz que matiza el instante, la densidad del cuerpo amado, los pájaros que repiten la liturgia de los días y, por encima de ello, una mirada que contempla el mundo desde el asombro de lo pequeño.

Quizás por eso, hay en estos versos una esencia minimalista, no en la forma pero sí en el cuadro que dibujan. Las estridencias, los juegos superfluos del ingenio o la palabrería vacía han quedado fuera del marco y la impresión final es la de una casa que ha levantado sus cimientos en la solidez de la tradición occidental para después amueblar las estancias con la ligereza de la poesía oriental. Creo que de este ensamblaje surgen los mejores momentos del libro, aquellos que nos emocionan desde el detalle mínimo, los que logran sorprendernos y también esos otros que no renuncian a comprometernos, a interrogarnos.

La fragilidad del instante es, en la poética de Esther Muntañola, una aliada del goce de la vida. Porque no hay queja o pesar en el paso del tiempo, solo aceptación de la belleza y del amor como una suerte de regalo efímero que el tiempo nos concede. El detalle de una pequeña salamandra en la terraza o de las migas de un bocadillo en el patio escolar es también una manera de mirar hacia abajo, de permitir que el poema revele su propia verdad más allá de la metáfora brillante o el alarde verbal. Se trata de un compromiso profundo con la belleza que nos exige también dirigir la mirada hacia las partes del encuadre que se han quedado afuera, hacia los márgenes que nunca salen enfocados, hacia los personajes que no sonrían en la foto: mendigos, borrachos, suicidas, perros callejeros, seres solitarios que la poeta dibuja con una emoción contenida. Podremos mirar hacia otro lado —vienen en definitiva a decirnos—, pero entonces ya nunca más podremos ser inocentes.

Y, para ello, Esther Muntañola ha purgado concienzudamente sus versos de lo accesorio para dejarnos a solas con lo imprescindible. Quizá ese es su aprendizaje más notable desde su primer libro, *En favor del aire*, hasta estas *Flores que esperan el frío*. Pero hay otros, porque ahora la experiencia del amor ha adquirido forma y ha teñido de hondura los seres que la rodean. De ahí surge una poesía luminosa, una poesía que ofrece la oportunidad de reconciliación con la esencia de las cosas, una poesía construida con la espesura del deseo y con la con la tibieza del amor. Por eso, cuando más desolado está el paisaje, menos desolador resulta ese yo poético que se acomoda en me-

dio del frío a sabiendas de que las estaciones se repetirán inexorablemente.

«PÁJAROS ATENTOS QUE MIRAN EL ALMA»

En este ir y venir entre lo tangible y lo sugerido hay una atmósfera peculiar, un aleteo de pájaros que subraya y traza de nuevo una línea de fuga entre todo «este vacío despiadado» y «la obstinación de la vida cada mañana», tal como exprese el poema «Ya no sé si tengo tu boca». En esa grieta abierta se sitúan buena parte de los poemas de amor. En ellos y en muchos otros, no son las flores el símbolo repetido —como podría hacernos pensar el título del libro—, sino los pájaros. Son «los pájaros que llegaban de la nada a disputarse la tierra», los pájaros que, atentos, nos miran el alma, los pájaros errantes, los dormidos, las aves viajeras que «se unen en le cielo». Los pájaros se transforman ahora en imagen poética, en música de fondo, pero también —otra vez vuelve la autora a recorrer el suelo donde pisa— en verdaderos y auténticos pájaros, en simples gorriones que picotean unas migas de pan, en presencias sigilosas que pueblan el aire y acompañan una voz que nunca se cansa de contemplar el mundo con asombro.

«COMO TODO AQUELLO QUE EL AMOR CONTIENE»

«Como todo aquello que el amor contiene» cierra el último poema del libro y constituye también un modo vital de afron-

tar el futuro. Ningún verso podría estar mejor escogido para recapitular un libro que habla del amor —todo poema lo hace de alguna manera— y ningún poema podría ser más significativo para contenerlo que «El árbol». Al igual que otros textos del libro escritos en prosa y pensados en verso, Esther Muntañola convierte la imagen inicial del pequeño árbol herido por el abandono en un canto al amor con todas sus aristas y sus rostros amables. Los cuidados, las esperanzas, los temores y temblores, las incertidumbres que están en el árbol moribundo se convierten finalmente en «dorados frutos» que «mordemos a medias»; y en ese sencillo acto de convivencia y cotidianidad con la persona amada se concentra toda la alegría del deseo compartido. El amor está en las raíces, en las ramas, en los frutos porque, como bien dice en otro de sus poemas memorables, «el amor / es cosa de dos, / de residencia».